

LO INCONSCIENTE

UNA de las personas que acompañaban a Foch en los momentos de su muerte, militar francés de alta graduación, manifestó a los periodistas que el Mariscal había sufrido un ataque al corazón, falleciendo, a consecuencia de ello, en estado de inconciencia. De ello se congratulaba, diciendo que Foch no se había dado cuenta, de su muerte, es decir, había muerto sin saber que moría.

Indudablemente, es un sentimiento piadoso el que anima esas palabras. El que sigue viviendo se alegra de que el amigo haya muerto sin sentir. Pero el amigo muerto, ¿pensaría lo mismo si pudiera pensar? Quién sabe. Hay mucha gente que desea morir de repente, sin saber que muere; no sentir, no saber, no sufrir. En el fondo ¿este deseo hay un temor tremendo a la muerte. ¿Habría deseado Foch morir de esa manera? Es un problema y una pregunta que nosotros no podemos responder, ni nadie lo haría. El que vió morir a tantos, el que vió la muerte "cara a cara" en los campos de la guerra, ¿habría tenido miedo de morir en plena conciencia? Otra vez, quién sabe.

Yo no sé cuándo moriré ni en qué forma; no sé si seré víctima de los pasos a nivel o de la escaflatina, de los comestibles adulterados o del Catillo Chileco no tengo seguridad alguna. Pero de lo que estoy seguro es de que no me agrada morir sin sentir y sin saber que muero. Morir sin sentir debe ser lo mismo que embriagarse para cometer una acción superior a nuestra presencia de ánimo. En ninguno de los dos casos hay un dominio pleno de la conciencia del hombre. La inconsciencia domina en los dos.

Y lo inconsciente juega el rol más importante en la vida del hombre. Así lo demuestran los modernos estudios de la psico-análisis y las teorías de la secreción de las glándulas internas. El hombre está dominado por fuerzas muy superiores a su voluntad y a su inteligencia, que están fuera de la conciencia, que son subconscientes e inconscientes. Nace a raíz de un momento de inconsciencia. Schopenhauer decía que el acto de la concepción del hombre era un acto inconsciente, y que, si fuera consciente, no harían tantas erráticas. Hereda en sus nervios, en su sangre, en su cerebro, en las misteriosas combinaciones químicas que lo animan, una masa enorme de influencias, extrañas a su naturaleza consciente, que lo mueven de aquí para allá, no dejándolo ser él mismo sino en raras ocasiones. Los sentidos y los instintos, estos últimos heredados a través de siglos de vida humana y entre los cuales hay algunos que nacieron junto con los primeros hombres, lo gobiernan generalmente. Muy pocas veces es la conciencia vigilante, la conciencia pura, la que obra en el hombre. Lo inconsciente y lo subconsciente forman en muchos hombres un solo núcleo con la conciencia. Y si vive así, ¿cómo es posible que muera también así? ¿Qué queda entonces del hombre hecho a semejanza de Dios, del hombre que han creado los filósofos y que alaban los poetas modernistas? No queda sino un animal que vivió inconscientemente y que murió de la misma manera.

Lo dicho. No me gustaría morir inconscientemente. Esto es lo que pienso ahora, sin saber si con el tiempo me domine el miedo a la muerte y deseé morir sin sentirlo, olvidando mi valor de hombre joven.